

**BREVE HISTORIA
DE LOS TERCIOS
DE FLANDES**

Antonio José Rodríguez Hernández



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de los Tercios de Flandes*
Autor: © Antonio José Rodríguez Hernández
Director de la colección: Ernest Yassine Bendriss

Copyright de la presente edición: © 2015 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid
Diseño y realización de cubierta: Onoff Imagen y comunicación

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-656-2
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-657-9
ISBN edición digital: 978-84-9967-658-6
Fecha de edición: Enero 2015

Impreso en España
Imprime: Grafilia
Depósito legal: M-33744-2014

*Para Patricia,
por su gran apoyo,
amor y comprensión.*

Índice

Introducción	13
Mito, leyenda e historia	13
Las fuentes	15
La merecida fama de los españoles	16
El carácter de las guerras de Flandes	20
Fortificaciones y la guerra de sitio	24
Capítulo 1. Los tercios: estructura y organización	39
El tercio: origen y concepto.....	39
Efectivos: entre la teoría y la práctica de la guerra	42
Los tercios por dentro	47
Los tercios y sus mote	49
También había tercios de naciones	51
La plana mayor	52
La compañía ordinaria (o de picas)	66
Las compañías de arcabuceros	71
Los españoles fuera de los tercios:	
castillos y guarniciones fijas de Flandes	71
Oficiales de primera plana y oficiales menores	72

Capítulo 2. Los tercios en combate: el armamento	99
La evolución del armamento en la Edad Moderna:	
las armas blancas frente a las de fuego	99
Las armas de fuego: arcabuces y mosquetes	115
El combate y el arte de escuadronar	130
La caballería	134
Capítulo 3. Los soldados	145
Los atractivos de la vida del soldado	145
Los motivos para alistarse	150
Los requisitos del soldado	165
Los hombres y sus orígenes	171
El recluta típico	180
Capítulo 4. Incorporándose al Ejército:	
el reclutamiento	185
Métodos y etapas	186
El sistema administrativo de reclutamiento	187
La planificación y los lugares	193
El proceso de alistamiento	199
Los métodos de captación	202
Vestuario y uniformes	206
Capítulo 5. El viaje a Flandes por tierra.....	217
Génesis del Camino Español:	
la primera ruta a través de Saboya	219
La política exterior	
y los corredores militares: los valles alpinos	227
El camino a través de Alsacia,	
el Franco Condado y Lorena	231
Las condiciones del viaje	236
El Camino Español, una ruta de ida y vuelta	238
España mi natura;	
Italia mi ventura; Flandes mi sepultura.....	240
Bisoños y veteranos	241

Capítulo 6. La vía marítima	245
Los problemas de la ruta marítima (s. XVI y ppios. del XVII)	247
Los cambios en el sistema (de 1630 a 1700)	256
Puertos y barcos	261
La travesía: distancia, tormentas, corsarios y naufragios	266
Capítulo 7. La vida cotidiana de los tercios	271
Rutina diaria: la vida en una guarnición y la vida en campaña	271
Un ejército marcha sobre su estómago.....	275
Las condiciones de vida del soldado: la paga y el fraude.....	280
Los alojamientos	284
La huelga organizada: los motines	289
La vida familiar y los acompañantes de los soldados	296
Bibliografía	303

Introducción

MITO, LEYENDA E HISTORIA

Durante los últimos años, hemos venido asistiendo a un creciente interés por los soldados de los tercios, gracias a numerosas publicaciones, novelas históricas y películas, pero una de las grandes preguntas que debemos hacernos es ¿dónde está el origen de la fascinación por esta época, y cuál es su base histórica?, cuestión que pocas veces las publicaciones con poco rigor pueden contestar o debatir ante su falta de argumentos y de conocimientos históricos serios.

Realmente, nuestro interés por la época tiene una extensa tradición, algo a lo que ha contribuido notablemente la literatura del Siglo de Oro en todos sus géneros, ya fueran el teatro o la novela picaresca. Pero lo realmente interesante y esencial ha sido que nos han llegado numerosos relatos originales sobre los soldados que combatieron

en los tercios, verdaderos diarios autobiográficos, que aunque a menudo parecen ficticios y algo fantasiosos, el tiempo ha demostrado que, dejando de lado algunas exageraciones, contienen un amplio margen de hechos reales, y que llegaron a ocurrir. Conocemos las vidas y desventuras de varios soldados de la época, gracias a varias autobiografías que nos han dejado. De hecho, claramente personajes novelescos recientes, como el capitán Alatríste, se basan en relatos como los del capitán Alonso Contreras, un personaje real que dejó una historia de su vida —como él mismo define—, y que a pesar de ser verídica no deja de tener un aire novelesco y algo fantástico, repleto de duelos en los que siempre vence, y amoríos en los que siempre triunfa, mostrándonos un aire pendenciero y desenfadado. De hecho, históricamente hablando, estas obras, pese a ser reales, nos dan una visión algo distorsionada e idealizada de la realidad.

Los tercios, dentro del contexto imperial y de la época dorada de España, han constituido desde siempre un elemento interesado y usado por la historiografía y la política para mitificar el dominio de España en los campos de batalla de medio mundo durante el siglo XVI y parte del XVII. Usados por el franquismo, como prototipos del español universal (combativo, valiente y honorable), en otras épocas de la historia han sido controvertidos e incluso ocultados, ante la leyenda negra que rodeó la hegemonía española y la conquista de América. Especialmente la historiografía europea nacionalista del siglo XIX vio a los soldados españoles como ladrones y seres sedientos de sangre, acusándolos de los saqueos de las ciudades flamencas, debido a las exageraciones provocadas por el odio hacia lo diferente y el extremismo religioso.

LAS FUENTES

Últimamente, diversos autores españoles han escrito bastante sobre los tercios, la mayoría periodistas o personas que con mucha pasión por el tema –pero sin excesiva formación histórica–, nos ofrecen su visión de segunda mano del tema basándose en las obras de historiadores actuales o del pasado. Estudios que generalmente carecen de originalidad y rigor histórico, y que no han realizado un estudio exhaustivo de fuentes originales de archivo, sino que se han centrado en la divulgación, usando la literatura y otros estudios anteriores como fuentes primordiales sin aportar una sola línea de originalidad. Todo ello ha ayudado a crear una visión algo mítica de la imagen de los tercios, envuelta siempre en un halo de leyenda, ante la enorme sucesión de victorias. Por todo ello, a veces es difícil distinguir la realidad del mito, motivo por el cual debemos acudir a los documentos históricos, que con rigor –y sin tomar partido– nos hablan de la vida cotidiana de la época, esfuerzo por el cual se distingue este nuevo libro, que aunque breve, aporta novedades al utilizar también fuentes inéditas y menos conocidas, y abarca toda la presencia española en Flandes, y no sólo la más conocida por todos.

Durante más de ciento cincuenta años, los soldados españoles de los tercios defendieron y mantuvieron los Países Bajos bajo soberanía del rey de España, forjando una leyenda –en muchas ocasiones no tan real– que ha llegado hasta nuestros días. Su vida, hazañas, desventuras y derrotas han dejado huella en el arte del Barroco, y especialmente en los cuadros de Velázquez o la pintura flamenca, pero también en la literatura, en autores como Cervantes, Lope de Vega, Garcilaso, Calderón de la Barca, Quevedo, entre otros muchos.

Si bien esto lo conocemos bien —al igual que otras fuentes históricas impresas, como los cronistas que escribieron sus obras en la época sobre las guerras de Flandes o incluso soldados que nos dejaron autobiografías—, también los soldados de los tercios nos dejaron otras muchas huellas documentales en los archivos, en gran medida cartas y documentos administrativos más fiables e imparciales, a través de las cuales podemos interpretar de manera más directa las vivencias de aquellos hombres, sus inquietudes y necesidades, además de reconstruir sus vidas lejos de cualquier ficción o hecho novelesco. En los archivos se conservan informes oficiales redactados por el Gobierno, o por los mandos del Ejército, que nos ofrecen una visión de primera mano del Ejército. Es muy abundante la documentación que nos habla del dinero, o de los costes, además de las muestras o listados de soldados que nos dan una visión más realista de los hombres que se alistaron en el ejército de Flandes. Gracias a esta documentación podemos saber cómo se fueron organizando los tercios a través de todo este período, cómo combatían, de qué manera y con qué armas, hasta llegar al verdadero pilar que originó la leyenda de la imbatibilidad de la infantería española de los tercios. Aunque este trabajo, por su reducido tamaño, no tiene el aparato crítico que aportan las notas de pie de página, integra las nuevas investigaciones poco conocidas, datos originales, e integra los conocimientos vertidos por trabajos científicos de historiadores cuya divulgación tiene un ámbito más restringido.

LA MERECIDA FAMA DE LOS ESPAÑOLES

Desde la perspectiva histórica, es cierto que los soldados de los tercios vencieron en situaciones muy adversas, aunque quizá considerarlos invencibles es algo exagerado, ya que en ocasiones perdieron batallas. Lo primero

que debemos intentar al tratar el tema es no dejarnos influenciar por los tópicos, e intentar encontrar la raíz de la cuestión. Si los soldados de los tercios eran buenos soldados no era porque sí, porque fueran españoles o porque tuvieran un alto sentido del honor.

La supremacía militar hispana del siglo xvi se cimentó en distintos factores, tanto técnicos y financieros como fundamentalmente humanos. Si en muchos casos España militarmente se mostró una potencia superior, fue en gran medida por la atención que prestó a sus soldados, a los que disciplinó y mantuvo más allá del final de los conflictos bélicos, creando un sistema defensivo en el que los profesionales eran la clave, sumándose a estos las milicias –en caso de ataque o invasión– para defender el propio territorio.

El laboratorio de las guerras italianas de inicios del siglo xvi (conquista de Nápoles por el Gran Capitán) enseñó a los españoles dos lecciones primordiales. Por un lado que los modelos tradicionales de movilización militar utilizados en la Reconquista no eran válidos para emprender acciones ofensivas en lugares distantes. Métodos que mantenían importantes contingentes de tropas por poco tiempo, sólo durante la campaña militar estival. Pero para combatir en Italia se necesitaban soldados profesionales, primando la calidad frente a la cantidad. Por otro lado, se demostró que las armas de fuego portátiles eran enormemente útiles, por lo que su precoz uso en las formaciones de infantería ayudó a los españoles a hacerse con innumerables victorias en Italia, perdiendo muy pocos soldados. De hecho, la palabra *Bicoca*, cuya definición en castellano es la de 'ganga', viene de una batalla de igual nombre librada en Italia contra los franceses en 1522, donde los españoles cosecharon una aplastante victoria a cambio de pocas bajas. Con posterioridad a esta campaña, y a la de Pavía, se fue configurando el sistema militar que dio lugar a los tercios.

Los soldados españoles de los tercios eran voluntarios de cualquier origen social que pretendían ganarse la vida, adquirir honor y reputación, o ascender socialmente. Posibilidades que durante mucho tiempo el Ejército ofreció, por lo que no faltaron los voluntarios. Sujetos animados ante el hecho de que el Ejército español contaba con una estructura profesional clara, en la que los ascensos y remuneraciones eran acordes al valor y la experiencia. Soldados que ante la clara voluntad de los reyes se encuadraron en el Ejército de la monarquía, transformándose en unos profesionales que convirtieron el oficio de las armas en su forma de vida. Para ello, cuando se alistaban, firmaban un compromiso que los ataba al Ejército hasta que murieran o fueran licenciados por el rey.

El modelo hispano de soldado plebeyo o de extracción hidalga humilde, pero profesional y en activo todo el año, demostró ser efectivo cuando las pagas y los premios no faltaban. Estos soldados demostraron su veteranía y capacidad frente a los ejércitos formados apresuradamente por alemanes u holandeses, y compuestos fundamentalmente por nobles a caballo, milicias urbanas o puros mercenarios, a los que se apercebía y armaba para luchar en cualquier ocasión puntual o exclusivamente en la campaña militar veraniega. Durante las guerras de Italia o las primeras campañas en Flandes, las tropas españolas cosecharon importantes victorias militares –pese a su inferioridad numérica–, gracias a la conjunción de profesionalidad, oficio militar, precocidad en el uso de las armas de fuego y uso conjunto de estas con la pica.

Estas tropas formarán los primeros ejércitos permanentes de Europa, todo un signo de modernización para la sociedad y una necesidad para el Estado moderno, ya que a lo largo de los siglos XVI al XVII la guerra fue continua, especialmente en Flandes. La guerra se estaba convirtiendo en un arte complicado que necesitaba oficiales y soldados con mayor disciplina

y preparación, que combatieran durante todo el año, y que no se retirasen al llegar la paz, sino que estuvieran siempre movilizados, algo de lo que rápidamente se dieron cuenta los reyes españoles. Estas tropas formarán el primer ejército permanente de Europa, tras la caída del Imperio romano, algo que a la historiografía militar europea le ha costado mucho tiempo reconocer. Los ejércitos permanentes fueron uno de los grandes signos de modernización de la sociedad, y una necesidad para cualquier Estado moderno, aunque estos no aparecerían en países como Inglaterra o el Sacro Imperio Germánico hasta las décadas centrales del siglo xvii. La monarquía española mantuvo casi una guerra continua, por lo que ya desde las primeras décadas del siglo xvi contó con unidades permanentes, especialmente en Italia, adelantándose en más de cien años al resto de los países europeos.

A comienzos del siglo xvi, la guerra se convirtió en un monopolio de los reyes, por lo que la sociedad española dejó atrás las guerras privadas entre nobles y otros conflictos a pequeña escala, concentrando todos sus esfuerzos en las guerras exteriores. Conflictos que a la postre serían los más importantes de todo el siglo, en los cuales no sólo estaba en tela de juicio la reputación, sino la integridad del imperio. Esta realidad hizo que en España se desarrollara un sistema militar bastante diferente al resto de naciones europeas, dejando muy rápido atrás las huestes feudales para concentrar sus recursos en la captación de soldados profesionales que sólo debían rendir cuentas ante el rey y el consejo de guerra.

En este trabajo nos centraremos en conocer mejor a los españoles que combatieron en Flandes, tanto por el mayor interés que hay en ellos, como por el mayor número de datos de los que disponemos. Realmente, los españoles eran una minoría en Flandes, ya que como mucho suponían entre el quince y el veinte por ciento del total de la infantería, de un ejército que debemos

denominar de naciones, ante la integración de todas las nacionalidades —españoles, italianos, valones, alemanes, borgoñones, británicos...— en las acciones bélicas para causar la imitación y emulación de las demás. A pesar de que sus números eran la élite militar, y los españoles eran los primeros en salir en campaña, y en batalla eran situados en primera línea por la alta consideración que se tenía de ellos. Es curioso observar este hecho, ya que el Ejército español mantenía una dinámica opuesta a la de sus homólogos, que situaban sus unidades mercenarias en primera línea para salvaguardar las suyas propias. La Monarquía Hispánica lo hacía al revés, y la infantería española combatía y avanzaba en vanguardia, siempre en los puestos más peligrosos, lo que suponía un honor que defendían siempre ante todos los generales.

EL CARÁCTER DE LAS GUERRAS DE FLANDES

Flandes fue a lo largo de los siglos XVI y XVII un foco continuo de tensiones y conflictos debido a la expansión del protestantismo, también fue un verdadero muro de contención que salvaguardó a España de algunos de sus principales enemigos —ya fuera Francia, Holanda, Inglaterra o los protestantes alemanes—, librándose en sus campos de batalla la mayor parte de los combates y asedios. Incluso tras la independencia de Holanda después de la Paz de Westfalia (1648), el ejército de Flandes será siendo el más importante de la Monarquía Hispánica. Este se encargaba con mayor efectividad de alejar el peligro francés sobre la península, ya que hasta la época del Cardenal Infante siempre fue fácil penetrar en la frontera y asestar duros golpes a los franceses, llegando a estar muy cerca de París, como ocurrió en 1636, el año de Corbie. De hecho, ese sector fronterizo francés, a pesar de estar dotado de más fortificaciones modernas,

era mucho más sensible y rico, y se encontraba más cerca de París. Además, el ejército de Flandes, a pesar de que durante algunos períodos debió combatir a dos enemigos a la vez, estaba más capacitado que los ejércitos creados en la península ibérica al tener tropas experimentadas, pertrechos adecuados, artillería y disponerse sobre un sistema militar muy asentado, en el que las provincias aportaban dinero y se encargaban del alojamiento de las tropas durante el invierno, lo que reducía los costes generales del Ejército y permitía que los soldados continuasen en el Ejército cuando las pagas no eran regulares.

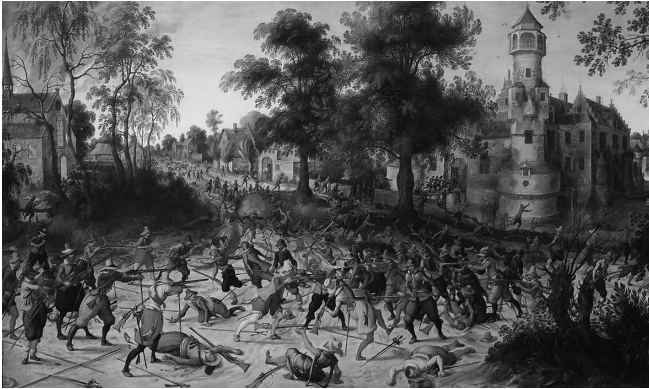
Durante los siglos XVI y XVII, lo defensivo predominó sobre el arte de la guerra, ya se tratase de una batalla en campo abierto o un sitio de una plaza fuerte. Las contiendas se convirtieron en unas verdaderas guerras de desgaste en las que los vencedores eran los que más recursos tenían a su disposición. En unos siglos plagados de guerras entre los Estados europeos, apenas veremos conquistas rápidas, siendo la tónica los conflictos largos y enquistados en los que es difícil saber quién va venciendo, concertándose las paces más por agotamiento que porque uno de los bandos haya conseguido una victoria decisiva. Gran parte de la culpa de este modelo de guerras la tenía la mejora en la arquitectura defensiva.

A diferencia de otros conflictos, como el vivido en Alemania durante la guerra de los Treinta Años, las guerras mantenidas entre la Monarquía Hispánica, Francia y los rebeldes holandeses tenían como principal característica la existencia de unas fortificaciones modernas muy consolidadas, que hacían que la posibilidad de conquistar territorios con rapidez y facilidad fuera casi imposible. El objetivo político de la guerra era la adquisición o recuperación de una provincia —es decir, la conquista o reconquista territorial—, por lo que era necesaria la ocupación física del territorio, única manera de controlarlo eficazmente. La toma de las plazas y fortificaciones que defendían los

centros políticos, las poblaciones urbanas y las zonas que de ellos dependían fue el método militar por excelencia que aseguró la consecución de tales objetivos. La guerra de asedio ocupaba también el puesto de honor si el objetivo se circunscribía a obtener beneficios o ventajas temporales y limitadas de cara a las negociaciones, porque las presas más codiciadas y las bazas más comunes de negociación política entre Estados eran las ciudades y villas con sus comarcas, muchas de las cuales estaban fortificadas.

Por ello la guerra se centró en las grandes ciudades defendidas por sus fortificaciones, haciendo que la territorialidad fuera el eje central de la actividad político-militar en todas sus dimensiones. No sorprende que en la mayor parte de los casos, se tuviera generalmente por vencedor en términos militares a aquel bando que hubiera conquistado y retenido el mayor número de plazas importantes al finalizar las hostilidades, y no precisamente aquel que más batallas hubiera ganado, algo que podemos comprobar en todos los tratados de paz entre España y Francia, siendo siempre el vencedor el que más plazas obtenía.

En el Estado absolutista, la búsqueda de expansión territorial y la consiguiente defensa de estas ganancias constituyó la mayor ambición política de las potencias, porque la riqueza principal en esta época todavía provenía de la tierra, la cual aportaba el alimento necesario, aunque en ese momento vayan surgiendo otras formas de riqueza. La mentalidad y concepciones políticas de la época concebían el Estado territorialmente, y la guerra de posiciones o asedios se enmarca en esta idea. La conquista del territorio y su defensa, la cual se lograba con la ocupación física del espacio, hará que la toma de fortificaciones que aseguraban eficazmente dicha ocupación esté más próxima a la consecución de los objetivos marcados por los Estados en las guerras que la destrucción de los ejércitos enemigos en una gran batalla campal y decisiva que entrañaba grandes riesgos.



Las acciones a pequeña escala, las escaramuzas y emboscadas, fueron muy importantes durante la guerra de Flandes. En ellas se solían destacar los veteranos españoles. Escaramuza pintada por Sebastiaen Vrancx. Gothenburg Museum of Art, Gotemburgo.

También en Flandes se practicó una guerra irregular a pequeña escala a nivel local, basada en golpes de mano, escaramuzas o acciones de caballería que tenían como objetivo cortar el abastecimiento al enemigo. Pero en general, la existencia de esta gran cantidad de fortificaciones hará que la guerra fuera fundamentalmente estática, a pesar de la profesionalidad de los soldados. Además, las poblaciones, campos y granjas de las zonas fronterizas se mantuvieron relativamente protegidos y libres de saqueos, al contrario de lo que sucedía en otras partes, debido al miedo a las represalias y por un pacto entre los dos bandos implicados en el conflicto. Las últimas fases de la guerra de los Ochenta Años se caracterizaron por mantener una guerra civilizada lejos de los horrores propios de las guerras de ese mismo siglo. Junto a esta guerra defensiva, se siguieron otras medidas mediante las cuales se intentaba desgastar económicamente al enemigo

a través del bloqueo de sus rutas comerciales, a través de sus ríos y puertos, realizando ataques corsarios al comercio marítimo y a las rutas de abastecimiento.

FORTIFICACIONES Y LA GUERRA DE SITIO

Desde la Edad Media, la guerra defensiva se había convertido en la más importante y eficaz. La toma de los castillos era la fase más importante de las guerras, más allá de las propias batallas, ya que la construcción y mantenimiento de pequeñas guarniciones era la opción más barata y eficaz para controlar el territorio. Pero a principios de la época moderna, esta concepción táctica y estratégica cambiará debido al notable avance de la artillería, ya que esta fácilmente podía destruir las viejas murallas verticales con torres cilíndricas del Medievo. De esta manera, en los ejércitos aparecieron los trenes de sitio, que consistían en una serie de cañones y sus pertrechos que tenían como principal misión rendir cualquier castillo. La respuesta de los arquitectos a la artillería no se hará esperar, y ya a finales del siglo xv se conocía que las murallas con forma de estrella perduraban a pesar de un fuerte bombardeo. Pero pocos Estados lo tomarán en serio, salvo en Italia, en donde varias décadas después comenzarán a construirse fortificaciones de este tipo, de ahí su nombre, *trace Italienne*. La generalización de esta técnica fue lenta ante sus diversos detractores, entre ellos Maquiavelo, que en su mítica obra *Del arte de la guerra* planteaba la inutilidad de las fortificaciones ante la existencia de cada vez mayores ejércitos. Además, este mantenía la idea de que estas fortificaciones «llenas de entrantes y salientes» —como él las definía—, eran inútiles, abogando aún por unas fortificaciones con muros altos. Maquiavelo no tenía razón, aunque el principal problema de la difusión de este método será realmente su elevado coste.

Esta técnica se fundamentaba en la creación de unas murallas cada vez más bajas y de mayor espesor. Esto hacía que las fortalezas estuvieran más protegidas contra el fuego artillero, pero desde sus muros no se podía vigilar el territorio inmediatamente debajo, y resultaban vulnerables al ataque por sorpresa, por ello se las debía dotar de anchos fosos que dificultaran la aproximación de los atacantes. Además, se construían baluartes que sobresalían del muro y eran plataformas artilleras, los cuales mantenían los cañones enemigos alejados y permitían el fuego cruzado sobre los asaltantes de las murallas. A este complicado sistema de traza poligonal se le podían añadir revellines, hornabeques, medias lunas, reductos exteriores de forma estrellada para controlar el territorio, además de otros innumerables elementos que hacían cada vez más difícil el asalto frontal. A medida que pasa el tiempo, el sistema tiende a complicarse, conformándose en torno a las ciudades que mantienen fortificaciones modernas diversos circuitos de murallas que hacen cada vez más difícil la posibilidad de un asalto, si bien su coste podía ser prohibitivo.

De esta manera, durante ciento cincuenta años las ciudades de los Países Bajos fueron invirtiendo inmensas cantidades en adecuar sus murallas y modernizarlas en un claro intento de librarse de la guerra. En unas primeras fases, las primeras décadas de la guerra de los Ochenta Años, van introduciendo en las murallas medievales bastiones con artillería para reforzar el perímetro. Con el tiempo van mejorándose los viejos lienzos lineales de las murallas, que se ven reforzados con revellines y obras exteriores que tienen como objeto proteger la muralla, hasta el punto que en muchos casos queda fuera de la vista del atacante y de su artillería. Con el tiempo, ya a mediados del siglo XVII, los sistemas se van complicando más, aumentando los perímetros defensivos de las ciudades con la instalación de numerosos fuertes exteriores que

hacen que el enemigo deba invertir más tiempo y medios en completar cualquier conquista.

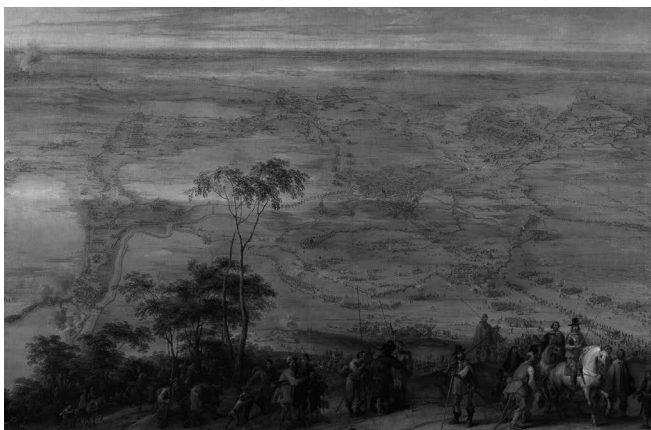
La toma de las ciudades fortificadas mediante estas técnicas se convirtió en algo muy complicado que llevaba mucho tiempo. Tradicionalmente consistía en derrumbar una parte del lienzo de la muralla con fuego de cañón o mediante una mina, a lo que seguía un asalto en masa de la infantería. Pero gracias a los nuevos sistemas arquitectónicos los bastiones mantenían a los cañones sitiadores alejados, de manera que sus disparos no conseguían derrumbar las murallas de ladrillos, ya que no se rompían con tanta facilidad como las antiguas murallas de piedra. Además, al ser muros más anchos y con un mayor foso, los intentos de hacer minas para derrumbar los muros eran más costosos y difíciles que en la Edad Media.

Las ciudades defendidas según este sistema de fortificaciones eran cada vez más numerosas y más difíciles de tomar. De ahí que a partir del último tercio del siglo XVI, la mayor parte de las ciudades que tenían estas fortificaciones sólo podían ser conquistadas por hambre, realizando para ello un bloqueo total. Por ello, los sitiadores debían realizar grandes obras de fortificación, que consistían en un recinto defensivo, que podía ser doble, que abarcaba un perímetro muy extenso produciendo un aislamiento de los sitiados del mundo exterior y una protección del ejército sitiador frente a los posibles ejércitos de socorro. En estas construcciones se usaba sobre todo tierra que se utilizaba no sólo de parapeto, sino también como plataforma para montar las baterías de asedio protegidas por innumerables hileras de trincheras y reductos. La organización de un asedio en toda regla era –salvo la construcción de algún canal grande o de un gigantesco recinto fortificado– la obra de ingeniería de más envergadura de cuantas se realizaban en esta época. A su vez, para custodiar todas estas construcciones que conformaban el doble perímetro, se utilizaban miles de

hombres ante las enormes extensiones de este, que hacía de los sitios algo muy costoso, al prolongarse a menudo durante varios meses. A medida que pasaba el tiempo, los problemas surgían tanto entre el ejército sitiado como el sitiador debido a la carencia de suministros, el frío, las malas condiciones sanitarias y el hacinamiento de este elevado número de soldados, lo cual provocaba enfermedades a las que se unía el aburrimiento y la frustración provocada ante la falta de paga y las malas condiciones, lo que motivaba que las desertiones se elevasen. Un asedio era una prueba de fuerza también para el sitiador, que podía perder muchos más soldados que su enemigo ante la aparición de enfermedades o cualquier otro problema que aumentase el ritmo de las desertiones. Ejércitos inmensos podían quedar prácticamente deshechos asediando una ciudad sin apenas combates, teniendo incluso más bajas que si hubieran perdido una batalla.

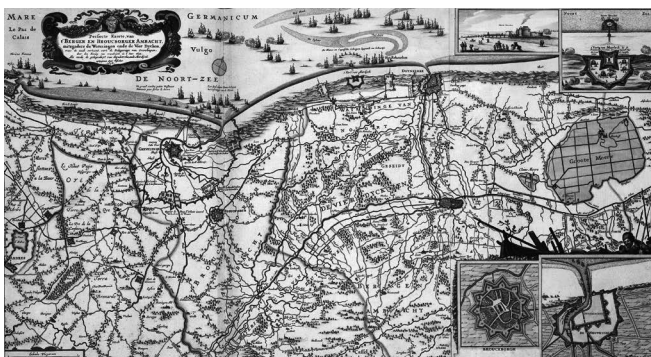
El sitio de Breda de 1625 se convirtió en uno de los más importantes y conocidos del siglo XVII. Las fuerzas hispanas que rodearon la plaza fueron enormes, al igual que el coste de su mantenimiento como el del desplazamiento de las miles de toneladas de tierra con que se construyeron las fortificaciones que rodearon la plaza. La ciudad cayó después de nueve meses de asedio sólo por hambre, no habiendo realizado los españoles ni una sola descarga de sus cañones sobre cualquier hornabeque o revellín de la ciudad. Todo este coste tan desorbitado para las arcas hispanas produjo que tanto ese mismo año como al siguiente no quedara dinero para realizar ninguna operación más contra los holandeses, teniendo que pasar a la defensiva durante todo ese tiempo, de esta manera el asedio a una ciudad importante –aunque terminara en victoria– podía agotar los recursos de los países más ricos del momento.

Las nuevas técnicas posibilitarán que una ciudad pequeña dotada con las nuevas fortificaciones



Toma de Breda, por P. Snayers. Se pueden advertir las enormes obras realizadas por los españoles para sitiar la ciudad en 1625. Museo del Prado, Madrid.

abaluartadas pudiera resistir varios meses a un duro asedio. Esto hará que los asedios y conquistas de zonas bien defendidas sean tremendamente difíciles, ya que para ello se debía mantener un gran ejército mucho tiempo, algo que por su gran coste era prohibitivo. Por eso, durante el siglo XVI muchos afirmaban con mucha razón que una ciudad bien defendida bastaba para arruinar un poderoso ejército. Todos estos factores hacían que en la guerra no hubiera una fórmula para la conquista rápida. Las batallas resultarán cada vez más irrelevantes en las zonas donde se construyeron estas nuevas fortificaciones, siendo cada vez más escasas, salvo cuando se establecía entre un ejército sitiador y una columna de socorro, como ocurrirá en San Quintín (1557), Rocroi (1643), Nördlingen (1634), entre otras muchas. Aunque se pudiera derrotar al enemigo en campaña, la victoria podía estar lejos, ya que aún se debía tomar un número



Las fortificaciones abaluartadas hicieron que en Flandes —donde había muchas ciudades fortificadas y líneas defensivas—, las conquistas rápidas fueran difíciles. Como podemos advertir, a pocas leguas de distancia se situaban ciudades fortificadas que impedían el progreso por el territorio. Incluso los canales y esclusas disponían de fuertes que los protegían. Rijksmuseum, Amsterdam.

indeterminado de ciudades, las cuales llevaría su tiempo conquistar. En palabras de Vauban, el gran arquitecto militar del siglo XVII: «En los Países Bajos, la pérdida de una batalla suele tener pocas consecuencias, pues la persecución de un ejército derrotado se prolonga sólo durante dos, tres o cuatro leguas, ya que las fortalezas vecinas del enemigo detienen a los vencedores y proporcionan refugio a los vencidos, salvándose de una ruina completa».

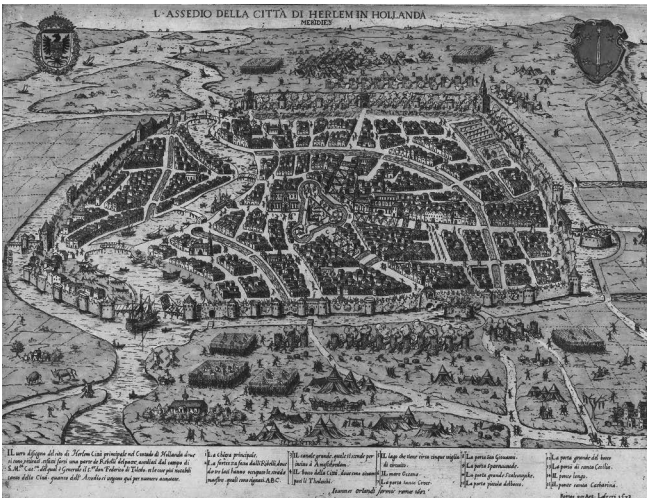
Un largo asedio significaba muchas veces un enorme coste en dinero, armas, suministros y soldados, mucho mayor que una batalla. Este sistema de combate era para ciertos gobernantes de Europa occidental un signo de civilización avanzada, en el que tenía lugar una táctica bélica sistemática con fuertes exigencias tecnológicas. Incluso los grandes asedios de la época congregaban a multitud de viajeros curiosos que querían apreciar la

magnitud de las obras como si se tratara de la inauguración de una gran catedral.

El asedio se convirtió en la forma más común y extendida de operación militar debido al predominio de la defensa, tanto en la guerra de sitio como en la batalla campal, a lo que ayudaba el mayor desarrollo de los medios defensivos disponibles, cuya tecnología era quizá superior a los medios ofensivos, sobre todo en el caso de las fortificaciones. Por tal razón, estas ciudades y fortalezas fuertemente defendidas se convirtieron en los puntos de apoyo obligados de los ejércitos, tanto en el combate como en la logística de los abastecimientos. Debido a la importancia de estas plazas fuertes, su captura y defensa se convirtieron en las acciones de mayor importancia en las guerras, haciendo que durante el siglo XVII la gran mayoría de las operaciones militares giraran en torno al ataque y la defensa de fortificaciones.

Los asedios requerían una planificación cuidadosa y una organización detallada, tanto de las acciones bélicas como de la coordinación del reclutamiento y los suministros que todo el ejército necesitaba durante el período que duraba el sitio. Pero estas técnicas produjeron que la guerra se eternizase. Estas operaciones exigieron, por su duración, un esfuerzo sostenido y continuado, además de enormes conocimientos técnicos de arquitectura y balística, una organización administrativa y logística amplia, y la disposición de la infraestructura necesaria para todo ello, algo que no estaba al alcance de todos los estados del momento. Por tal razón, los soldados y políticos de la época más versados en asuntos bélicos consideraron los asedios como puntos de referencia básicos del arte militar y un signo de cultura.

La artillería había sido la impulsora del cambio en los sistemas de fortificación, e incluso había estado muy presente en el paso hacia la modernidad, siendo el enorme tren de asedio turco el que propició la conquista de Bizancio (1453), estando presente la artillería tanto en



El asedio de Haarlem ejemplifica un asedio de las primeras fases del conflicto, dentro de una campaña que no fue muy habitual, al producirse en pleno invierno, y estar rodeada de una violencia extrema. La ciudad, gracias a estar virtualmente rodeada por el agua, pudo resistir siete meses, pudiendo ser aprovisionada por agua y a través del hielo, usando trineos.

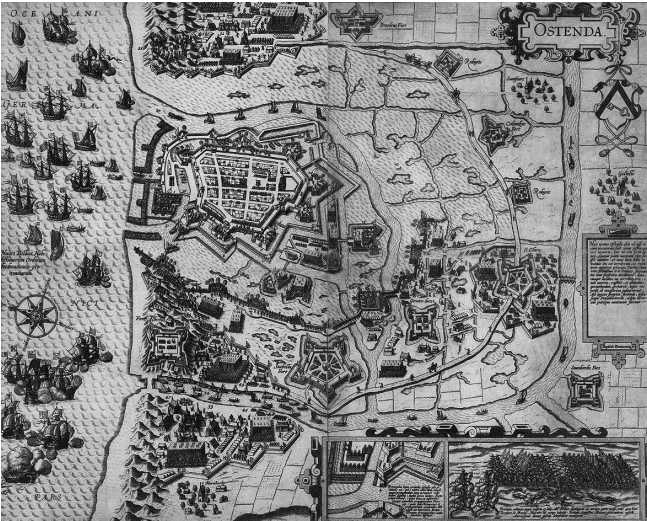
Los padecimientos de los sitiadores fueron extremos, al no disponer de rutas seguras de abastecimiento y estar en un medio totalmente hostil, sin cobrar sus soldadas, algo que explica su agresividad y en muchas ocasiones su temeridad. Pese al uso de la artillería, los intentos de asalto no tuvieron el éxito esperado. En la empresa, el ejército de Flandes perdió cuatro mil de los trece mil hombres desplegados, de los que ochocientos eran españoles, debido a las malas condiciones de alojamiento y a la acción del invierno. *Asedio de Haarlem* (1572-1573), por Antonio Lafreri. Rijksmuseum, Ámsterdam.

el fin de la Reconquista como en las primeras guerras de Italia (1494-1498). Pero durante el siglo XVI, la arquitectura fue más rápida en sus innovaciones que la artillería, que siguió teniendo un papel limitado en las batallas

campales, debido a su enorme peso y poca movilidad, cadencia de fuego y fiabilidad, que hacían que no siempre fuera un arma tan efectiva y práctica. En los asedios, en cambio, se mostró más esencial, al tener que disparar siempre a blancos fijos, pero nuevamente su escasa movilidad restringió mucho su uso y su incremento numérico. En la transición hacia el siglo XVII, la artillería de asedio aumentó su eficacia al mismo tiempo que se multiplicó por cinco, siendo la clave para conseguir que una plaza se rindiese. Si en las décadas de 1560-1580 lo normal era que los trenes de asedio no llegaran a veinte piezas de sitio, sesenta años después las piezas de artillería podían incluso pasar del centenar, y sobre todo eran más eficaces y tenían un calibre más adecuado, funcional y unificado entre ellas.

La peculiaridad geográfica de Flandes, y la existencia de grandes fosos y masas de agua que rodeaban las plazas fuertes dificultaban los asedios, que necesitaban construir minas para volar las murallas o cruzar los fosos para intentar asaltar la plaza, algo que el agua dificultaba mucho. En algunos casos, el hambre había sido la clave de algunos asedios, pero con el tiempo las rendiciones no duraban tanto ante la mayor actividad de la artillería.

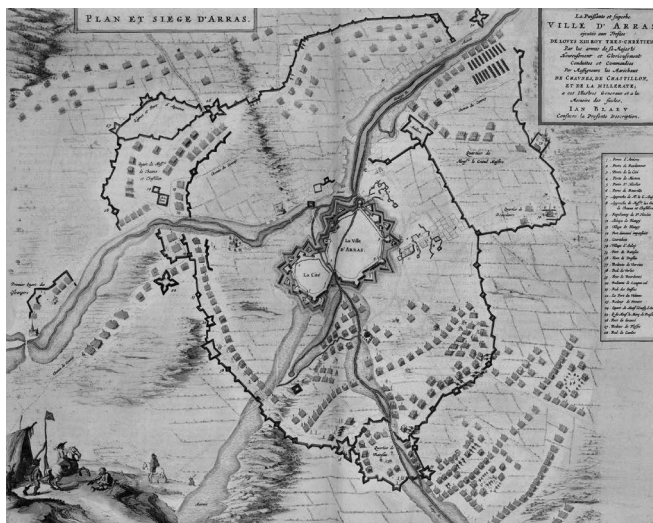
En muchos casos, la misión de cualquier guarnición era intentar retrasar la conquista de la plaza el tiempo suficiente para que un ejército de socorro forzara al enemigo a levantar el asedio. Dicha circunstancia no siempre se producía, ya fuera porque el sitiado era incapaz de reunir un ejército de socorro lo suficientemente grande como para enfrentarse a su enemigo, o simplemente porque el alto mando consideraba arriesgada o imposible la operación de socorro. En estos casos, la iniciativa estaba siempre en manos del sitiado, ya que el enemigo lo esperaba protegido tras las obras de circunvalación a la espera de que la plaza cayese. En ocasiones el bando sitiado intentaba eludir el sitio sitiando a su vez otra plaza de menor



El sitio de Ostende (1601-1604) sigue siendo uno de los más largos y cruentos de toda la historia mundial, que para muchos fue una nueva Troya. Duró más de tres años, ante la enconada resistencia holandesa, potenciada por un circuito amurallado moderno y porque la ciudad estaba rodeada por las aguas. La inferioridad naval española hizo que los defensores pudieran recibir refuerzos y provisiones sin problemas. Los cálculos sobre los muertos en ocasiones superaron los cien mil hombres, aunque parece una cifra exagerada. Lo cierto es que sólo un veinte por ciento de los muertos se deberían a los combates, ya que el resto de las bajas se produjeron por las enfermedades o malas condiciones de vida. Rijksmuseum, Ámsterdam.

importancia, algo que podía funcionar, desarrollándose una guerra de movimientos y amagos.

Si se conocía que los sitiados no serían socorridos, las garniciones solían ser más proclives a la rendición, y a no alargar la lucha más de lo necesario, sobre todo si los burgueses también incidían en ello para que sus vidas y



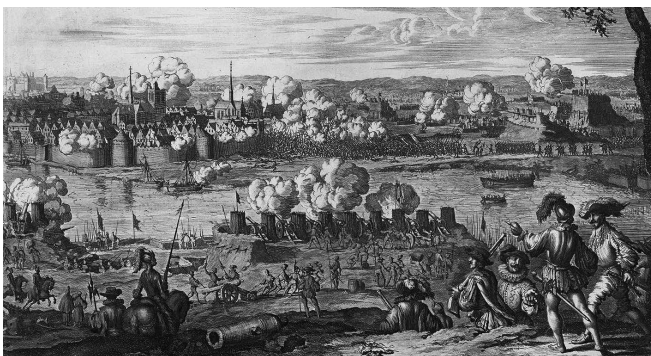
Asedio y toma de Arras por los franceses en 1640. Durante esa campaña, el ejército francés logró tomar la plaza tras dos meses y medio de asedio. En la ilustración se ven claramente las líneas de contravalación que rodeaban la plaza y los campamentos de los sitiadores. Un asedio en toda regla empezaba con la edificación de las zanjas que aislaban la plaza enemiga. El cardenal infante intentó socorrer a los sitiados, como se advierte en el margen inferior de la ilustración, pero la llegada de nuevos refuerzos (izquierda de la imagen) frustró la operación. Los sitiadores disponían de superioridad numérica y de obras defensivas en las que parapetarse. Rijksmuseum, Ámsterdam.

haciendas fueran respetadas por el nuevo conquistador. No había defensas numantinas o hasta el último hombre, sino que existían unos parámetros muy civilizados que concedían al derrotado importantes concesiones para que abandonara sus posiciones lo antes posible. Cualquier ciudad que se rindiese antes de que la artillería consiguiese derruir una parte del lienzo de la muralla más interior

de la plaza era respetada, pudiendo la guarnición militar abandonar la ciudad con sus armas sin tener que pasar a ser prisioneros de guerra.

Posteriormente, desde la década de 1660 hasta final de siglo, aparecerán nuevos cambios de la mano de Vauban y otros ingenieros, que fueron perfeccionando tanto las técnicas de sitio y asalto a las fortalezas como la protección de estas ante estas tácticas. Se aplicará la precisión científica y las matemáticas al arte de la guerra y de la fortificación. Tras el bloqueo a la plaza los sitiadores comenzaban a realizar diversas trincheras en zigzag dirigiéndose hacia el punto más débil de la fortificación enemiga, conformando unos pasillos seguros en los que ninguno de los cañones de la plaza pudiera batir la trinchera al ser enfilada. De esta manera, mediante el trabajo constante –sobre todo a lo largo de la noche– de los ingenieros y zapadores protegidos mediante parapetos, se comenzaban a realizar estas labores de aproximación al recinto amurallado, que concluían cuando se realizaba una mina o cuando los cañones de sitio podían ser situados cerca del muro enemigo, en el cual se intentaba hacer una brecha para que la infantería y los granaderos asaltaran el perímetro en masa a través de unos corredores paralelos y a cubierto del fuego enemigo. Este sistema hacía que los asaltantes tuvieran muchas menos bajas y que sus ataques fueran mucho más efectivos.

Este novedoso sistema de ataque a las plazas dará numerosas victorias a los franceses a partir de la guerra de Devolución (1667-1668), pero sobre todo a partir de la guerra de Holanda, quedando esta parcialmente ocupada en el año 1672 por las tropas francesas al estar sus fortificaciones ciertamente descuidadas, debido a la paz que había mantenido con los españoles durante varias décadas. Gracias al incremento de la artillería, el uso de morteros y la utilización de estas novedosas técnicas de asedio, los sitios se hicieron mucho más cortos. El ejército



Arriba un grabado sobre el asedio de Grave por las tropas de Alejandro Farnesio (1586). Abajo el asedio francés sobre la ciudad de Maastricht (1673). Podemos apreciar los enormes cambios en el arte de asediar de ambos asaltos. A pesar de la acción de la artillería, en 1586 las tropas del ejército de Flandes que intentaban asaltar la plaza debían aproximarse sin apenas protección a los muros de la plaza. En 1673 los franceses que tomaron Maastricht realizaron obras y trincheras para evitar recibir fuego directo en su acercamiento. Sus fuerzas muy superiores en número precipitaron que la plaza se rindiera en veinte días, si bien los franceses tuvieron importantes bajas, entre ellas la de D'Artagnan, el personaje real e histórico recreado por la novela de Alejandro Dumas *Los tres mosqueteros*. Rijksmuseum, Ámsterdam.

francés fue capaz, en las décadas finales del siglo xvii, de tomar plazas de importancia en Flandes con significativos circuitos amurallados en poco más de un mes, pero también gracias a otro factor clave, la presencia de ejércitos mucho mayores, que podían ser de entre treinta mil y cincuenta mil hombres.

Conforme fue avanzando la centuria, la victoria militar será de los Estados que más hombres pudieron reclutar y mantener, destacándose en esa faceta los ejércitos franceses de Luis XIV, el rey Sol. A partir de la década de 1660, el Ejército francés multiplicará sus fuerzas, lo que hará que no tenga rival en Europa y que Francia comience a ambicionar su expansión territorial a costa de España. De hecho, el Ejército francés de esta época ascendía sobre el papel a unos 400.000 hombres, mientras que el ejército de Flandes en la década de 1670 oscilaba entre los 35.000 y 50.000 efectivos.